



De cómo Galeno corrigió un diagnóstico de pleuresía

J. Sauret Valet

Departamento de Neumología. Hospital de la Santa Creu i Sant Pau. Barcelona.

En el siglo I de nuestra era la medicina, en el mundo civilizado, había adquirido ya características de ciencia. Roma constituía el eje sobre el que giraban todos los conocimientos y artes, si bien es cierto que muchos de ellos no eran de cosecha propia sino por la influencia de los países conquistados o subyugados, en especial de la cultura helenística. En esto, como en materia de religión, los romanos demostraron tener una manga muy ancha y gran capacidad de asimilar sin demasiados problemas.

No obstante, durante cinco siglos vivieron, enfermaron y murieron sin necesidad alguna de médicos, valiéndose tan sólo de exorcismos y remedios caseros transmitidos de padres a hijos. A decir verdad el primer médico del que hay noticias es Arcagato del Peloponeso, que llegó a Roma en el año 535 de su fundación (219 a. de C.) con fama de ser un extraordinario especialista en el tratamiento de las heridas (*Vulnerarius*), aunque al cabo de pocos meses tuvieron que cambiarle el apodo por el de *Carnifex* (ejecutor).

Con el paso del tiempo los prejuicios y recelos se fueron perdiendo poco a poco, de tal forma que hacia el año 100 d. de C. florecían en la capital del Imperio dos importantes escuelas médicas: la metodista y la pneumática. Precisamente por esta época nació en Pérgamo, en Asia Menor, el gran Galeno (hacia el año 130 d. de C.) que llegaría a ser médico personal del emperador Marco Aurelio y de su hijo Cómodo, y cuya obra escrita fue objeto de estudio y veneración durante más de 1.000 años.

Tuvo una esmerada e intensa formación en las escuelas médicas de Pérgamo, Esmirna, Corinto y Alejandría en las que aprendió anatomía, vivisección en animales, filosofía, neohipocratismo y terapéutica farmacológica, dedicándose en cuerpo y alma no sólo a la observación y al estudio, sino también, y de manera muy activa, a la investigación y a la polémica incluso con sus propios maestros. En esta época escribió, entre otros, un tratado en tres partes sobre el movimiento de los pulmones y del tórax en el que describe

exactamente la función del diafragma y de los músculos intercostales, así como el papel que desempeña el nervio recurrente en la producción de los sonidos y de la voz.

Sin embargo, en el aspecto que más destacó y donde obtuvo los éxitos más resonantes fue en la faceta clínica, actuando siempre con una seguridad y arrogancia que le ocasionaron no pocos tropiezos y disgustos. En el año 163 llegó a Roma huyendo de la guerra con los Partos que asolaba por aquel entonces los confines asiáticos del Imperio. Con su vehemencia y desparpajo habituales destacó inmediatamente, granjeándose por igual enemigos furibundos y amigos incondicionales. Uno de estos últimos, el filósofo Glaucón, le introdujo en los círculos aristocráticos de la nobleza romana, consiguiéndole consultas y clientes importantes. En sus libros Galeno describe, con orgullo mal disimulado, algunos de los casos clínicos que le encumbraron; y de entre ellos nos interesa comentar, por la relación que tiene con la neumología, el del médico Siciliano (*De los lugares enfermos*):

“Durante este discurso llegamos a la puerta del enfermo, de modo que yo no había podido responder a su invitación ni decirle a Glaucón lo que vosotros sabéis que yo repito con frecuencia; es decir, que muchas veces algunos signos indudables se manifiestan felizmente ante nosotros y que algunas veces todos son dudosos, por lo cual debemos hacer un segundo y tercer exámenes. En la primera puerta encontramos un esclavo que del dormitorio llevaba al hoyo de la inmundicia un bacin que contenía los excrementos parecidos a lavadura de carne, es decir, como un pus seroso, tenue y sanguinolento, signo constante de una afección del hígado. Sin demostrar que había visto algo, me dirigí con Glaucón cerca del médico, y tomé la mano de éste, deseando conocer si tenía inflamación de la viscera o sólo atonía. El enfermo, que como he dicho era médico, dijo que acababa de acostarse de nuevo después de haber depuesto. ‘Calculad pues’ –agregó él– ‘que la frecuencia del pulso ha aumentado por el esfuerzo que he hecho para levantarme’. Yo encontré en ello un índice de inflamación. Enseguida viendo colocada en la ventana una olla que contenía hisopo preparado con agua y miel, reflexioné que el médico se creía enfermo de pleuresía, y que él sentía en las falsas costillas el dolor que algunas veces sobreviene también en las inflamaciones de hígado. Yo pensé que, como él sentía este dolor, por eso su respiración era

Correspondencia: Dr. J. Sauret Valet.
Departament de Pneumologia. Hospital de la Santa Creu i Sant Pau.
Avda. Sant Antoni M.ª Claret, 167. 08025 Barcelona.

Arch Bronconeumol 1995; 31: 233-234



frecuente y superficial y lo atormentaban cortos accesos de tos; en una palabra, él se creía pleurítico y, en consecuencia, había hecho una preparación de hisopo y de hidromiel. Comprendiendo pues que la fortuna me brindaba un medio de elevarme en la estimación de Glaucón, puse la mano sobre las falsas costillas del lado derecho del enfermo, e indicándole el lugar, le dije que él sufría de aquel sitio. El enfermo lo reconoció, y Glaucón, creyendo que sólo el pulso me había bastado para diagnosticar el lugar enfermo, permanecía en un estado de visible admiración. Para maravillarlo aún más, agregué: 'Si tú has reconocido que sufres aquí, reconocerás también que tienes la necesidad de toser, y que a grandes intervalos tienes tos pequeña y seca sin expectoración'. Mientras yo decía estas palabras, él tosió por ventura, precisamente del modo que yo había indicado. Entonces Glaucón maravillado no se pudo contener y me colmó de elogios. 'No creáis' -le dije- 'que estas son las únicas cosas que el arte puede adivinar tocando los enfermos; hay otras que yo quiero señalar. El enfermo mismo dará testimonio'. Luego le dije: 'Cuando respiras más fuerte experimentas un dolor más vivo en el sitio que yo he indicado; sientes también pesadez en el hipocondrio derecho'. Ante estas palabras el propio enfermo no pudo contenerse; lleno de admiración unió sus exclamaciones a las de Glaucón. Al darme cuenta del éxito que estaba obteniendo quise arriesgar un comentario sobre el estirón experimentado en la clavícula; mas aunque sabía que él acompañaba a las grandes inflamaciones del hígado como los cirros, no me atreví a anticiparme, temiendo comprometer los elogios que me habían prodigado. Tuve la idea de expresar esta observación con precaución y volviéndome hacia el enfermo le dije: 'Muy pronto sentirás un estirón en la clavícula, si aún no lo has sentido'. Él confirmó el hecho, y añadió: 'No agregaré nada más a mis indicaciones, sino esta adivinación: quiero declarar la opinión que el enfermo tiene de la afección que sufre'. Glaucón dijo que él no dudaba ya de esta adivinación; y el enfermo, estupefacto de esta promesa singular, me echó una mirada penetrante permaneciendo muy atento a mis palabras. Cuando dije que él se creía enfermo de pleuresía, reconoció el hecho testimoniando su admiración, pero no solamente él, sino también su servidor que acababa de hacerle afusiones de aceite, como si tuviese una pleuresía. Desde entonces Glaucón concibió una opinión muy alta de mí y del arte médico que él estimaba muy poco antes, por no haberse encontrado con hombres notables consumados en este arte. Yo he expuesto esta observación para que vosotros conozcáis los síntomas propios de cada enfermedad y los síntomas comunes a otras afecciones; y además los que son inseparables de una y otra especies de enfermedad, los que se presentan con mayor frecuencia, los que son dudosos y raros; y os he citado esta feliz ocasión que me ofreció la fortuna, para que en circunstancias semejantes vosotros podáis aprovecharla debidamente".

El caso descrito merece varios comentarios. En primer lugar hay que destacar la perspicacia y oficio de Galeno que, como quien no quiere la cosa, observa atentamente y toma nota de todos aquellos datos del entorno del enfermo que le puedan ayudar para llegar al diagnóstico y, lo que es más importante, para ganarse su confianza; pues no se cansaba de inculcar a sus

discípulos que hay que conseguir como sea la admiración del paciente y de los acompañantes. También vale la pena detenerse un momento en el análisis efectuado de la medicación, que es lo que acaba de convencerle del diagnóstico de pleuresía que de sí mismo ha hecho Siciliano.

Los romanos utilizaban con frecuencia las plantas medicinales, sobre todo el *laserpitium* o laserpicio (comino rústico), que era considerado como una verdadera panacea de todos los males (faringitis, hidropesía, epilepsia, ictericia, pleuritis, etc.), algo parecido a lo que ocurre con el acetilsalicílico actualmente; consumiéndolo en tan grandes cantidades que a veces se hacía necesario importarlo de otros países. Pero el enfermo de esta historia es un médico, y por tanto no es de extrañar que se autoaplicase un tratamiento más "científico": hisopo con hidromiel. El hisopo (*Hyssopus officinalis*) tiene propiedades antiinflamatorias y es fluidificante de las secreciones bronquiales, motivo por el cual se utilizaba en todas las inflamaciones pleuropulmonares; de ahí la aguda conclusión de Galeno.

En realidad cualquier charlatán observador podría haber hecho razonamientos similares; la diferencia consiste en que Galeno conocía muy bien los síntomas y signos de las enfermedades en general y de la pleuresía en particular, claro está que también los conocía Siciliano; pero la lección que Galeno quiere transmitir es que la inflamación de parénquimas o estructuras anatómicas vecinas puede ocasionar síntomas semejantes. El absceso subfrénico o las grandes hepatomegalias, por ejemplo, cursan a veces con manifestaciones clínicas parecidas a las de la pleuresía por irritación refleja de la pleura diafragmática; y en esto introduce otro acertado comentario: "el estirón de la clavícula", que no es otra cosa que el dolor irradiado de la neuralgia frénica por la irritación diafragmática ya comentada.

Jamás sabremos si la hipótesis fue acertada o no, aunque a él no le quedaba ninguna duda siendo rotundo al afirmarlo: "Nunca he fallado un diagnóstico en mis años de ejercicio". De todas maneras, lo que sí es seguro es que Siciliano se curó gracias a la intervención de Galeno; en parte, quién lo duda, por la eficacia del tratamiento instaurado, y a lo mejor también, y esto podría ser más posible, porque la fe -según dicen y parece probado- es capaz de mover hasta las más altas montañas.

BIBLIOGRAFÍA GENERAL

- Aurelio Cornelio Celso. Los ocho libros de la Medicina. Barcelona: Ed. Iberia, 1966.
 Díaz González J. Historia de la Medicina en la Antigüedad. Barcelona: Ed. Barna S.A., 1950.
 García Ballester L. Galeno. En: Laín Entralgo P, ed. Historia Universal de la Medicina. Tomo II. Barcelona: Salvat Ed., 1972; 209-267.
 Jackson R. Doctors and diseases in the Roman Empire. Londres: British Museum Publications, 1988.
 Paoli UE. Urbs. La vida en la Roma Antigua. Barcelona: Ed. Iberia, 1944.